

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 27 de Noviembre de 1924

PENSAMIENTOS EDUCATIVOS

LOS NIÑOS BIEN EDUCADOS

Abramos los ojos, paseemos nuestras miradas por todos lados, fijémosnos en cuanto nos circunda: en las alturas, descubriremos la inmensidad de los cielos; hacia abajo, las profundidades de un mar insondable; por doquier, seres en abundancia inusitada y variedad incomprensible.

¡Oh, qué maravillas tan sorprendentes! ¡Cuántos mundos flotando en los espacios como ligeras barquichuelas sobre las espumosas olas que rien sin cesar!

Fijaos, niños míos, en esas cosas tan hermosas y verdís en la serena noche el brillar de las estrellas, como chispitas de fuego que en su incesante rutilo parece quiefen hablaros de los misterios guardados en su seno; descubriéis en la frondosidad de los bosques dilatados, y a plena luz, la verde espesura susurrante por el beso de las auras, como una insinuante conversación a la cual os invitan, para declararos alguno de sus melancólicos misterios. Y si os detenéis contemplando esos murmurantes océanos, con sus eternos cuchicheos, allí encontraréis reunidas, como lluvia del cielo, todas las lágrimas de la triste humanidad, pregoneras de otros tantos misterios incubados en el universal sentir de la vida.

Pensad por un momento, reflexionad sobre todo eso tan magnífico, tan grandioso, que bien tengo por descontento os llenará de la más placentera emoción.

Después de todo, sabed, yo os lo aseguro, vosotros, amados niños, sois más grandes y magníficos que todo eso; más per el alma impercedera que os anima semejante al espíritu de Dios.

Mirad lo que dijo San Agustín, uno de los más celebrados sabios de la Iglesia Católica: «El hombre es un mundo en pequeño.»

Pero yo me atrevo a decir que un niño es para mí un mundo muy grande. Y lo creo así, en atención a que cada uno de vosotros lleva en su alma el inconcebible tesoro, de tantos misterios como aquellas estrellas, como aquellos bosques y como todos los Océanos del mundo.

¿Qué... les parece a algunos de mis lesteritos que los remonto demasiado? ¿Que hay en ello exageración manifiesta? No, no; es la pura realidad. Yo no pretendo engañaros lisonjeramente, ni aun en el sentido bromista más inapreciable. Yo os digo la verdad.

Recordad lo que os dije en otra ocasión, sobre el favorable concepto que de vosotros tengo. Sois la sal del mundo, la dicha de los padres, la alegría de la tierra.

Pero ahora os digo más: os digo que sois los ángeles del hogar, con cuyos alientos y suspiros perfumados, como aleteos del cielo, embriagáis de satisfacción aquellos ámbitos y los de este complejo y estabroso valle de lágrimas y que aquel hogar y este valle de lágrimas son el mundo incomprensible en que vivimos.

En efecto, dirá alguno de esos niños, vivaracho como las centellas, que ni en el leche se lamovilizan: no comprendo a ese mundo, ni veo a esos ángeles, porque ni mis amiguitos ni yo dejamos vivir con tranquilidad a nadie de cuantos conviven con nosotros.

Pero yo contestaré que los niños, como las niñas, no dejan de ser ángeles porque se muevan mucho, porque jueguen y se rían mucho. Los niños son ángeles por su bondad, por sus virtudes. Con tal que sean bien educados, para mí son lo mejor de la tierra.

Yo solo retiro tan hermoso nombre a las niñas dominadas por la pereza, inexactas en el arreglo de sus cosas, de sus muñecas y de su cocina, de sus arcos y de sus libros, de sus labores, de sus zapatos y sus vestidos. A las niñas enfadosas, dadas de continuo a la rabietta, lloronas, de genio tan raro que nadie las puede soportar; desapietadas, habladoras, envidiositas, quiméricas, etc., etc.; esto es, que son unas niñas mal educadas en todas partes,

incorregibles, ni a las buenas ni a las malas.

Igualmente a los niños discolos, mentirosos, adustos, pendencieros, destructores de cuanto queda a su alcance, enemigos del orden y compostura, lo mismo en casa que en la escuela, irreverentes en el templo, enjugados, loquillos, desatentos, incumplidores de sus deberes.

Es decir, que tanto aquellas niñas como estos niños, no pueden ser jamás la alegría de la casa ni los ángeles de la familia. Por el contrario, son la pesadilla de los padres, los diablillos de la escuela, son los desahuciados de la amistad de sus compañeritos de juego; son, por fin, unos seres molestos en todas partes y despreciados donde quiera que se hallen.

En tal sentido, yo conceptúo como una verdadera desgracia la existencia de un niño de esta clase; infeliz y desgraciado por su parte durante su vida, porque solamente la sana educación perfecciona al hombre desde su pequeñez, y cuando éste no se somete a los principios inmutables y seguras reglas de la misma, la infelicidad, con todas sus amarguras, le acosará sin descanso hasta la muerte.

Para evitarles, pues, tan grave mal, yo invito a mis pequeños lectores sean dóciles a los consejos y correcciones de sus padres y maestros, único medio de ser bien educados y felices.

No olvidéis, al efecto, esta preciosa máxima de Salomón: «El que entra joven en el buen camino, no lo dejará aunque llegue a viejo.»

JOSÉ SANCHIS ALMIÑANO.

PENSAMIENTOS

El verdadero talento del hombre consiste en saber seleccionar lo útil y lo inútil que se presenta en iguales condiciones, para que al realizar cualquier acto pueda sin temor hacerse responsable de él. — A. González.

Las riquezas no hacen rico. — Séneca.

Muchas cualidades son necesarias para ser un buen soldado, pues a la robustez e inteligencia debe agregar la audacia, la disciplina y el desinterés. — D.M.

La verdadera gloria echa raíces y se va propagando; las apariencias, a manera de florecillas tiernas, caen muy pronto... Ninguna cosa fingida puede durar mucho tiempo. — Cicerón.

Más aprovecha una reprensión al prudente que los azotes al insensato.

Salomón.

Procurad tratar vuestros asuntos con el amigo y jamás fiéis vuestros secretos al extraño. — Séneca.

En la propagación de las doctrinas evangélicas, vemos doce pescadores convertidos en apóstoles. En la propagación de las doctrinas políticas, vemos muchos apóstoles que se convierten en pescadores. — A. Donni.

La melancolía es la convalecencia del dolor. — Mme. Dufresnoy.

Si hay algún amor puro y sin mezcla de las demás pasiones, es el que yace oculto en nuestro corazón y casi ignorado por nosotros mismos.

La cultura física

Voy, mis pequeños lectores, ha hablaros un poco de cultura física. No recuerdo quién ha dicho y a mi juicio dicho bien, que las cuestiones sociales de estos tiempos no son más que un conjunto de verdaderos problemas de cultura bien dirigida bajo los diversos puntos de vista.

Desde luego puede traslucirse por las citadas palabras, que su autor al estamparlas referíase también a la cultura física que ha de entenderse por ciencia del ejercicio corporal, que aun hoy está abandonada, a pesar de todas estas manifestaciones que a diario presenciáis y que parece tienen un interés de cultura, de robustecimiento de la juventud por medio del deporte y no son tales, pues el mismo deporte que se practica, por la forma en que se lleva y la pasión con que a él se entregan, deja de tener toda influencia bienhechora y pasa a la categoría de un espectáculo que apasiona, perdiendo por tanto toda eficacia vigorizadora y en muchos casos siendo más bien nocivo que beneficioso para el que el deporte practica.

La generalidad de los españoles, podemos decir que tienen en completo desuso, o más aún, que desconocen la importancia que para la vida de los pueblos y del individuo tiene la cultura, la racional educación física. Mucho se podría hacer en pro de la regeneración social, queha preocupado a antiguos y modernos, si se pudiera inculcar a las multitudes y al individuo, la necesidad de vigorizar sus miembros por medio de un ejercicio diario, moderado y que mantenga absoluta armonía, con la constitución del individuo.

Ebersón dijo, «que la cultura corporal aumenta la fuerza moral y física» y Anfruns añadió luego, «que la cultura física educa el cuerpo para su bien, educándolo asimismo para el bien del espíritu, para la fortaleza del raciocinio y para la firmeza de la voluntad» y por último escribe el Dr. Bardins que, «con una buena base física la inteligencia se desarrolla ordenadamente y con vigor.»

Mens sana in corpore sano, este aforismo debieran tenerlo presente todos los pueblos, puesto que sin vigor del cuerpo no puede haber el del espíritu, ya que uno requiere del apoyo de la ayuda del otro. Los dos al unirse y completarse hacen el hombre fuerte, despierto de inteligencia y de voluntad firme, que debiera ser el único tipo de hombre en la sociedad actual. Y no es así por desgracia.

La cultura física es pues imprescindible al hombre y por ello es necesario que de niños os acostumbréis al ejercicio, ya en el domicilio propio, guiados por vuestros padres o por vosotros mismos, si contáis con un buen manual de gimnasia moderna y racional, ya en los gimnásticos, bajo la dirección de un profesor competente y discreto, que pueda orientaros seguramente hacia vuestro bien.

Hacer ejercicio, no quiere decir que tengáis que dedicaros al acrobatismo. Muchos entienden por ejercicio físico, hasta en los gimnasios, el colgarse sin orden ni concierto en los trapecios y aullas, para en imitación de lo que vieron hacer al volatinero de circo exponerse a serias caídas y dislocaciones peligrosas. La educación física moderna prescinde casi en absoluto de estos artefactos y en vuestro cuartito de niños podéis tener un precioso elemento para el desarrollo de vuestras energías: unas poleas elásticas, unas ligeras pesas y un buen manual de gimnasia serán, si carecéis de profesor, el mejor guía y vuestro mejor compañero.

Y no quiero cansaros más, que ya tendré ocasión de hablaros de otros asuntos; y en el próximo pienso deciros algo sobre el foot-ball para que no os apasionéis demasiado.

DOCTORCETE,

Mahón, Noviembre, 1924.

ANÉCDOTAS

Carlos XII, el valiente rey de Suecia, estaba dictando una carta en su tienda de campaña a uno de sus secretarios. Una bomba cayó en la tienda y estalló junto al secretario.

—¿Qué hay?—preguntó el joven rey.

—Pero, señor, ¡la bomba!

—¿Y qué tiene que ver la bomba con la carta que os estoy dictando?

La madre de Luis XV de Francia murió a las pocas horas de haber venido éste al mundo.

Antes de morir encomendó el niño a sus servidores y le besó con ternura diciéndole:

—Te quiero con todo mi corazón, aunque tan caro me cuestes.

POR ESOS MUNDOS

Flor desproporcionada

Así como las plantas nos suelen asombrar por su larga vida y por las miles variedades que encierran, las propiedades de muchas de ellas son verdaderamente curiosas y raras.

En la isla de Sumatra (Oceanía), que cuenta 3.700 millas cuadradas de superficie, se encuentra una planta, a la cual se ha dado el nombre de *Rafflesia Arnoldi*, cuya inmensa flor es, sin duda alguna, la más grande que se conoce, pues su capullo se asemeja mucho a una col de gran tamaño; y cuando está abierta tiene un metro de diámetro; su peso suele ser de ocho kilogramos, y fué descubierta en 1818 por el doctor José Arnold y descrita por sir Stamford Raffles (de estos dos apellidos proviene el nombre de la flor), gobernador a la sazón del establecimiento de las Indias Orientales, en Sumatra. Forman esta flor cinco pétalos, que irradian del centro; son de un hermoso color amarillo anaranjado, y del centro de la corola, sobre un fondo morado, se eleva un ancho pistilo, que le da la apariencia de una llama azulada en un bol de ponche.

Arbol del pan.—Este extraño y utilísimo vegetal es una de las producciones más admirables con que la naturaleza ha favorecido a los habitantes de las Islas Marianas, donde crece con la mayor lozanía, siendo muy fácil su cultivo y multiplicación en aquellos países. Le dan el nombre de *árbol del pan* por la forma, sabor y propiedades del fruto que produce, parecido en un todo al pan; su corteza es, en lo granujenta, parecida a la de la naranja, y cuando está maduro, es amarillo, tierno y de un sabor muy grato al paladar; todo él se compone de pulpa, sin mezcla de pepitas, hueso ni simientes; su tamaño es el de un «rollo valenciano de a libra». Estos árboles miden la altura de nuestras encinas; su copa es ancha y muy poblada, las ramas gruesas y las hojas de un verde oscuro. Denomínasele científicamente «artocarpus sirterófilo».

Arbol de la vaca.—Entre los vegeta-

es extraños que se encuentran en las regiones de los trópicos, es uno de los más admirables el árbol de la vaca, de cuyo tronco se extrae un jugo lácteo, que han examinado varios naturalistas, entre ellos M. Boussingault que dice:

«Esta leche, semejante a la de la vaca, contiene una materia animalizada, que se asemeja mucho a la fibrina animal.»

Arbol de las ostras.—En el interior de Africa existe un árbol singularísimo. Crece en las orillas del mar y de los rios, y sus ramas sienten tanta atracción por la humedad, que se inclina hacia el agua que baña el tronco; entonces se van pegando a sus hojas, poco a poco, una porción de pequeñas conchas, que cuando llegan a adquirir cierto incremento, sumerge la rama en el agua, de modo que ya no vuelve a levantarse. Con el tiempo cubrese todo el árbol de ostras, y los naturales hallan en él un verdadero banco de estos moluscos, de los que se apoderan sin esfuerzo ni peligro alguno.

Arbol de la manteca.—Críase también en Africa, y es conocido por los indígenas con el nombre de «Schis» este árbol, que produce un fruto semejante a la aceituna, el cual, secado al sol, da un jugo que tiene todo el gusto y las propiedades de la manteca extraída de la vaca.

Arbol de la cera.—En una de las sesiones de la Academia de Ciencias, de París, celebrada a principios de 1835, se leyó una Memoria de M. Boussingault, relativa al árbol llamado «cerexilon audicola», o palmera de cera, que había sido cuidadosamente observada por dicho naturalista en algunos parajes de Colombia, donde crece hasta la altura de 50 ó 60 varas. Es una de las palmeras más majestuosas que se encuentran en las regiones intertropicales. Su tronco está cubierto de un baño de cera, que se quita raspándolo suavemente; con esta substancia purificada, a la que suele añadirse una corta cantidad de sebo para hacerla menos quebradiza, se fabrican las bujías de que se hace gran consumo en la provincia de Popayan. Los análisis de Boussingault han descubierto en esta cera dos substancias: una con todas las propiedades de la cera común de abejas, y otra con todos los caracteres de la resina.

ANDANTE.

CUENTO INFANTIL

El peso de la culpa

A modo de prólogo

No pretendo mis queridos amiguitos, lectores de EL BIEN PÚBLICO, otro galardón, con el cuentecillo que me propongo escribir, que el de proporcionaros unos breves momentos de grato esparcimiento y para procurároslo he requerido la pluma y las cuartillas blancas, blancas como vuestra inocencia y quisiera que el acierto me acompañara para llevar a vuestras mentes las ideas, en clara exposición y más diáfana expresión, para que de este, mi cuentecillo, supierais rechazar lo malo si lo encierra y recogierais únicamente lo bueno, la moraleja si la hay, para que los que sois buenos, tengáis a noble empeño ser cada día mejores, que la más firme base en la que habéis de cimentar el vuestro mañana de hombres, es la bondad.

No quiero entreteneros con digresiones y pongo fin a esta mi salutación de cariñoso amigo, en la seguridad, de que aún cuando no logre entreteneros, de que no os guste el cuentecillo que os brindo, habré logrado vuestra indulgencia que estimaré lo mismo que vuestro aplauso.

Y con vuestra venia simpáticos lectorcillos de EL BIEN PÚBLICO daremos comienzo a nuestro cuento.

I

Enrique era uno de esos muchachos, primeros en la calle, últimos en la escuela, que tie-

nen por único disfrute, por aspiración suprema, enlazar unas con otras las diabluras para ensartarlas tan juntas y admirablemente, que por lo constantes y unidas, parecían una sola: si incapaz de resolver un problema, de declinar un verbo o de aprenderse las lecciones de geometría y geografía que le señalaba el profesor, era por el contrario ducho y hasta ingenioso, para urdir, trazar y combinar toda clase de travesuras. En la escuela ocupaba siempre el último puesto del último banco, pero en la calle veíasele siempre a la cabeza, primero en las pedreas, organizador y director de las riñas; gran amigo de trapatistas, y por añadidura, muy dado a hacer novillos, pasándose la mayoría de los días, las horas de clase vagabundeando por las calles o por los campos.

Como además tenía sus ribetes y algunos puntos más de valiente y bravucón, era pendenciero dispuesto a reñir y a darse de mogicones, por la cuestión más nimia. Pero como en el arte de la guerra, no todo son victorias, muchas eran las veces, que por armar camorra a destiempo regresaba a su hogar, sangrantes las narices o con un ojo amoratado, destrozadas las ropas, que en la pendencia de muchos días encontraba quien más fuerte le zurraba la badana, pero estas derrotas, sabía ocultarlas en el cerco de sus amigos, que le tenían y admiraban.

Los padres de Enrique, no sabían como corregirle: su carácter mostrábase cada día más firme y voluntarioso para el mal. Diseño e indomable no hacía caso a las reprimendas paternales, desatendía consejos, y amonestaciones y con frecuencia tenía que sufrir los castigos que sus faltas merecían.

Su única preocupación era la calle. A pesar de las prohibiciones y advertencias, a la primera oportunidad, usando del sigilo y la cautela, burlaba los mandatos de sus padres para salir a la calle, a sus correrías, a sus pedreas, a sus travesuras, que tenían ya más que cansada a toda la vecindad, a la que con su conducta reprochable se había hecho Enrique odioso.

En la escuela, los días que asistía, no se preocupaba poco ni mucho de los ejercicios; la palmeta del profesor tenía que caer con frecuencia sobre sus manos ya hechas a los golpes y mientras sus compañeros escuchaban la explicación del Maestro, él entreteníase papando moseas, arrancándoles las alas, sumergiendo después en los tinteros para dejarlas libres sobre los cartapacios y libros de sus amigos, en los que dejaban los insectos, una larga estela, señal inequívoca de las travesuras de Enrique.

Era fuerte, robusto y esto le daba una mayor supremacía sobre sus compañeros, a los que en todo momento quería imponer el mandato de su voluntad, lográndolo en todos o en casi todos, que oyéndole contar sus fechorías, sus riñas y pendencias le tenían por un nuevo Hércules y le tenían y respetaban por no tener que habérselas con sus puños.

Así Enrique dominaba e imperaba sobre la grey escolar, continuando sus hazañas, siendo el niño discolo, impetuoso, bravucón y torpe, que último en la clase, es primero en la calle, cabeilla de todas las pedreas, y autor de todos los desmanes.

II

Un día, dirigiase Enrique hacia la puerta de la escuela, que propósito deliberado de traspasar el umbral, no le tenía nunca, con el intento de hacerse con uno o dos compañeros, para dedicar la tarde a novillos. En la plazoleta donde se levantaba la escuela, encontré con sus dos amigachos predilectos, Luis y Leopoldo, sino tan haraganes, discolos y traviesos, poco dados al estudio y a la quietud placida del aula, en la que el profesor, hombre bueno, se esforzaba en llevar a las tiernas inteligencias, las semillas que al germinar, han de dar en el futuro lezanos frutos.

La proposición de Enrique fue tentadora y dispuestos Luis y Leopoldo a dejarse convencer, pronto llegaron a un acuerdo. Los proyectos eran marchar al campo, llegar junto a las tapias de la huerta del tío Felipe y mientras uno vigilaba, los otros saltarían al interior a copiar la fruta y... ¡la gran merienda!

Planeada la fechoría, los tres héroes, con sus libros debajo del brazo, comenzaron a andar con dirección a las afueras de la ciudad. Enrique como siempre alardeaba de su valor, de su fuerza y de sus puños y Luis, que sabía de un vapuleo reciente que propinó a Enrique un mozalbete al que desafiara, cortole la palabra con la siguiente frase:

—Oye, Enrique, tu siempre blasonas de pegar y nunca dices cuando te zurrar.

—Es que—contestó Enrique—a mí no me ha pegado aún nadie.

—Bah, bah, replicó Luis: a mí me han

dicho que Carlos Figueras el otro día, bien que te pegó.

—Patrullas: ¿A mí pegó me Carlos? Ni así me tocó en la ropa. Es mayor que yo y no le temo. Y para que veáis quien soy yo al primer muchacho que nos topemos, por mayor que sea, le doy de bofetadas, hasta que me hincbe.

Rieron Luis y Leopoldo de la bravuconada de su amigo, y ya casi arrepentidos de su mala acción, de la burla que a sus padres y maestro hacían al no acudir a clase, siguieron, escuchando los relatos de las hazañas de su amigote, al que no dejaron por temor de que probara en ellos aquello de las bofetadas.

En esto, llegaron los héroes de este cuento, a la calle última de la ciudad que abriese al campo. En la acera, junto a la puerta de una casa, tomaba el fresco sentado en una silla de mimbres y acariciando un lindo perrito que en brazos sostenía, un mozalbete, un hombre casi, pero con rostro barbilampiño y simpático.

Al verlo Enrique, paróse de pronto y dijo a sus amigos:

—Véis a aquel que allí está sentado, pues a ese que es mayor que yo le armo camorra y le pego.

Y sin decir más, se fué hacia el joven, de un manotazo brutal arrebátóle el perro tirándole contra suelo: el animalito sorprendido por el ataque, extrañado de la brusca transición del bienestar al dolor, con ojos de espanto, ronqueando y aullando de dolor entróse en la vivienda.

El joven más sorprendido, quedóse con las manos en actitud de acariciar al perrito arrebátado de modo tan violento. Su rostro dirigido a Enrique expresaba el estupor y sus ojos fijos, vidriados, ojos sin luz, que el pobre era ciego, parecían protestar de las timioblas que le envolvían impidiéndole ver al que de tan cruel manera le arrebatará el cachorro, que de lazarillo le servía en sus paseos.

Enrique exasperado por su propia acción y por el gesto de infantil asombro que en el rostro del atado observaba, increpó con palabras sacres al dueño del can y comenzó a abofetearle sin piedad, vociferando como un energúmeno. El agredido dió voces y pronto acudieron varias personas que al contemplar la escena fuéronse contra Enrique que intentó huir, siendo alcanzado y traído a la fuerza junto al ciegucecito.

Todos increpaban al cobarde agresor, y sus amigos que algo separados contemplaban los hechos estaban aterrados, faltándoles hasta fuerzas para emprender la huida. Un tropel de gente rodeaba a Enrique y al ciego que no acertaba a explicarse aún, la bárbara agresión de que fué objeto. Tarde, como siempre, llegó a guardia he informado de lo sucedido se acercó al grupo interrogando al ciegucecillo y disponíase a llevarse a Enrique, cuando el agredido, alma grande y generosa, alzó su voz, de inflexión agradable, tierna y suave, rogando al representante de la autoridad que soltara a Enrique.

—¿Para que prenderlo? dijo.—Bastante castigo tiene para toda su vida, con saber que ha pegado a un ciego, que ni le ofendió, ni le dió motivo. Soltadle, soltadle.

El guardia soltó a Enrique que a su paso fué perseguido por frases de cobarde: ¡ha pegado a un ciego! ¡Que alma tan ruin! y por los ladridos del gozquecillo, que tíasas las orejas, en alto el rabo, ladraba, ladraba, chillona y rabiosamente, con la rabia del impotente que no puede castigar el agravio recibido.

III

Desde aquel día Enrique dejó de ser el que era. De pendenciero, tornóse humilde: el afán de callejar lo trocó por una noble ansia de aprender. En la escuela y en el hogar fué modelo de buena conducta, llegando a ser el alumno más aprovechado y el hijo más tierno y amante, esriñeso y solleito para sus padres.

Cuando ya pasados muchos años, ya hombres le hablaron sus amigos Luis y Leopoldo de aquella, su torpe hazaña, Enrique contestó con estas palabras:

—¡No me habléis de aquel mal lance! No pasa día que no lo recuerde, que fresco y vivo está en mi memoria, aún hoy después de tantos años. ¡Oh, aquellas pupilas sin luz, vidriadas, más abiertas por el espanto, hiriéndome como acerasas puntas en muda pero elocuente acusación! Aún hoy después de mi regeneración llevo el peso de mi culpa, siento heridos mis oídos, por aquellas palabras de perdón.

¡Que Dios bendiga a aquel ciegucecito, que a traves de sus pupilas muertas me hizo ver claro y diáfano el camino del bien!

FRANZ.

Mahón 26 de noviembre de 1924.

Cosas útiles y amenas

RECETARIO

La pasamanería, los galones y los bordados metálicos se ennegrecen y se ensucian con frecuencia.

Para devolverles su primitivo brillo, se echa miga de pan sentado en el fondo de una cacerola medianamente calentada. Cuando la miga está caliente, se echa la machaca de modo que se forme un especie de pasta que se pone sobre el bordado o el galón, apretándolo ligeramente, como si se quisiera sacar el molde. Déjese secar, tapando con un trapo. Algunas horas después se quita la pasta se ha secado bien y se cepilla ligeramente.

Las hortensias se ponen azules si se las riega con agua que tenga en disolución diez gramos de sulfato de hierro por litro.

ESCOPETAS SILENCIOSAS

Las escopetas y los fusiles pueden convertirse en armas silenciosas aplicándoles un tubo llamado principio del aparato del mismo nombre que llevan los automóviles en el tubo de escape de gases para apagar el ruido que éstos producen al escaparse.

En la punta del cañón del arma se ajusta un tubo de acero de 12 centímetros y medio de largo, lleno de agujeritos. Este tubo va cubierto por otro de doble diámetro perforado en su mitad inferior. Ambos tubos quedan cerrados por los extremos con dos chapas de acero perforadas para dejar paso al proyectil.

Al hacer el disparo, el proyectil sale por dicho agujero, pero los gases de la combustión de la pólvora, que son los que producen el estampido, se extienden entre los dos tubos y salen repartidos por los agujeros, quedando así apagada la detonación.

PLUMA IMPROVISADA

Cuando hace falta escribir con tinta y no se dispone de pluma metálica, se puede improvisar una, con un palito en la forma siguiente; El palito se aguza como si se sacara punta a un lápiz, y se hace una ranura, para que tome tinta. En esta form, se puede escribir lo mismo que con una pluma metálica, aunque con trazos algo más gruesos.

COSAS SABIDAS

Del alquitran se extraen más de 150 matices de color.

Para que un vapor navegue a 21 millas por hora hace falta doble fuerza que para 16 millas de velocidad

DESTELLOS DE INGENIO

Un individuo que había robado un lingote de plomo alegaba que lo había cogido en broma.

—¿Cuánto pesaba el lingote?—preguntó el juez.

—Cincuenta kilos.

—¿Y a dónde lo llevó usted?

—A una prendería de los barrios bajos.

—Pues para broma es pesada y la llevó usted demasiado lejos. Tres meses de cárcel.

En la cárcel.

—¿Tú por qué estás preso?

—Por estornudar.

—No puede ser.

—¡Vaya! Cuando le estaba limpiando los bolsillos a uno que estaba durmiendo, estornudé, se despertó y aquí me tienes.

TITIRIMUNDI

Semanario netamente católico, redactado ex profeso para niños

En la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe 17, Mahón, se ha recibido y puesto a la venta el

NÚMEPO 2

de dicha publicación.

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón